

**XV CURSO DE FORMACIÓN DE DOCTRINA SOCIAL DE
LA IGLESIA
Madrid, 11-14 de septiembre de 2006**



**“El amor como propuesta cristiana en la sociedad de hoy”
Retos pastorales desde la Encíclica *Deus caritas est***

SEGUNDA CONFERENCIA

El Cristianismo ¿decisión ética o acontecimiento y encuentro?

José Manuel Madruga Salvador

Director de la revista Misiones Extranjeras

1.- Introducción

2.- El estado actual de la misión ¿Dónde nos encontramos?
Recentrar la misión.

3.- La misión como un servicio al amor

3.1. La dinámica misionera de la caridad

3.2. La tensión entre anuncio y promoción humana

3.3. La oración como fuente del apostolado y de la misionaridad

3.4. Las relaciones entre la justicia y la caridad

4.- Hacia una Iglesia que evangeliza a partir de la caridad

5.- El camino de la Iglesia misionera en el servicio de la caridad

5.1. La kénosis como el primer camino

5.2. La opción por los pobres

- 5.3. La apertura a la presencia y acción universal del Espíritu
- 5.4. La capacidad para ser más dialogante, más participativa, más servicial y compañera de camino
- 5.5. Apasionada por su Señor y su Reino
- 5.6. En una dinámica de comunión y encuentro
- 5.7. Para una praxis misionera

1.- INTRODUCCION.-

Benedicto XVI ha inaugurado su magisterio oficial de Pastor universal recordándonos una verdad, sencilla y obvia, central en la esencia y en la existencia del cristianismo: **Dios es amor.**

La vida humana, en todas sus expresiones personales, sociales y políticas, tiene como única llave de lectura y de realización el amor, que es Dios, que Él ha manifestado enviando a su Hijo Unigénito como salvador del mundo. Amor auténtico es el que tiene en Dios su origen y su modelo. El amor “engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo” (DCE 6).

Estamos viviendo una serie de transformaciones globales que intentan relegar a la religión, de manera especial a la cristiana, a los márgenes de la vida pública y de las instituciones mundiales, con el objetivo de construir una antropología que presente una plataforma de valores que todos podamos compartir.

El cristianismo se está viendo obligado a justificar su existencia en una Europa que está llevando a cabo una “apostasía silenciosa” de Dios y de Cristo, situación que intenta exportar a otras partes del mundo.

No es el objetivo de mi intervención entrar a analizar en las causas de esta situación aunque pienso que todo esto forma parte de un proyecto, a más largo plazo, y que va más allá de la legítima separación entre estado e Iglesia, entre religión y laicidad. Más bien es exponente de una voluntad que quiere construir una humanidad prescindiendo de Dios.

Sin embargo, en vez de bienestar, justicia y paz, este proyecto global ha causado dramas e infligido profundas heridas a la humanidad. “Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana” (NMI 50).

Ante esta realidad, Benedicto XVI nos recuerda a los cristianos la verdad primera, según la cual la humanidad no se puede construir sin Dios, un Dios que como nos ha revelado Jesús, es amor. El amor es la realidad fundamental

capaz de construir la convivencia humana, la armonía, la justicia, la comunión entre las personas, las razas y los pueblos. “La mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor” (DCE 31).

La encíclica *Deus caritas est* interpela a la Iglesia a la que anima a ser expresión concreta de la caridad de Dios hacia todos y cada uno de los hombres. Esta es su verdadera identidad. La Iglesia es la comunidad que tiene como único fundamento el amor, que es el contenido y la metodología de su presencia y de su misión. De ahí que toda la Iglesia debe comprometerse a ser mensajera del amor. “Deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás” (DCE 1). “Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica” (DCE 39).

En esta línea de dejarnos sorprender por el amor y de convertirnos en mensajeros del amor para toda la humanidad, los cristianos encontramos la cosmovisión y el sentido a la vida. Efectivamente, la propia existencia, personal y comunitaria, se convierte en misión orientada por el amor y hacia el amor. “Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf 19,37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: Dios es amor (1 Jn 4,8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (DCE 12).

Es posible que en una primera lectura, se tenga la impresión de que la encíclica habla poco o casi nada de la misión ad gentes. Más allá de la terminología, en ella encontramos pistas para una misión de caridad “más allá de las fronteras de la fe cristiana” (DCE 31). Al contagiarse de la “mirada” de Jesús, el creyente aprende a “mirar” al mundo y a toda la humanidad con su misma mirada de compasión y de amor (cf DCE 12, 18).

La misma expresión “más allá” (cf DCE 31) cuestiona muchos planteamientos de la misionología actual que necesitan revisión puesto que la misión no es sólo ni principalmente de ámbito geográfico, sino también cultural y sociológico.¹

Pero la gran aportación misionera de la encíclica es recordarnos que la fuente de la misión no es de orden sociológico sino teológico en su sentido más profundo: esta fuente es Dios. La encíclica pretende reconducirnos a la unidad, al centro de nuestra fe y de la misión: Dios es amor.

Efectivamente, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). Este acontecimiento es la Persona de Jesucristo, que con su vida, muerte y resurrección nos dice cuál es la esencia del amor y de la existencia en general.

¹ Cf ESQUERDA BIFET, Juan, *Deus caritas est. Comentarios y texto de la Encíclica de Benedicto XVI*, Edicep, junio, 2006.

Él es el amor auténtico, perfecto. Toda la actividad apostólica debe hacer referencia a este modelo, para llegar a ser, a su vez, fuente de amor.²

El trabajo misionero se sitúa en este horizonte al que nos remite la encíclica. De ahí que, a partir de mi experiencia misionera, intente hacer una lectura misionera de la encíclica tratando de plantear y abordar algunos problemas y retos que hoy desafían y cuestionan el ejercicio y la praxis misionera.

2.- EL ESTADO ACTUAL DE LA MISIÓN. ¿DÓNDE NOS ENCONTRAMOS? RECENTRAR LA MISIÓN.

Juan Pablo II quiso reafirmar que la Iglesia y su misión tienen un único fundamento, un único modelo, una única razón de ser: Cristo, Redentor del hombre, revelador de la caridad del Padre. Cualquier otro fundamento constituye simplemente un sucedáneo, una traición del cristianismo y del mismo hombre. Por otro lado, el hombre, en la plenitud y en la totalidad de su ser, es el camino primero, fundamental de la Iglesia, porque es imagen de Cristo, con el cual Él casi se ha unido y cuyo destino final se encuentra en Dios.

El programa de la Iglesia, afirmaba con determinación en la *Novo Millennio Ineunte*, es el Cristo conocido, amado, contemplado; ese Cristo que es expresión visible del amor del Padre. Cristo y hombre, amor de Dios y amor del hombre, pasión por Dios y pasión por el hombre, no se pueden separar de ninguna manera. “La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega” (DCE 14).

Benedicto XVI, haciendo una síntesis de *Ecclesia de Eucharistia*, repropone la Eucaristía como fuente de la misión y culmen de la misma vida de la Iglesia. “No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él y, por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos “un cuerpo”, aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende pues, que el ágape se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el ágape de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros” (DCE 14).

Hoy día, cuando en algunos ambientes se deshecha la dimensión religiosa de la misión dando la impresión de que es suficiente trabajar a favor de la promoción humana y de la defensa de los derechos humanos de los más débiles, dejando a un lado a Dios y a Cristo, es necesario volver a afirmar como indisolubles el amor a Dios y el amor a la humanidad. No hay separación ni contradicción. En el ejercicio de la caridad “siempre está en juego el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios” (DCE 31). La ausencia y las concepciones distorsionadas de Dios han acarreado a la humanidad situaciones trágicas, de ahí que la encíclica quiera ser una respuesta a todo el sufrimiento de la Iglesia y de la humanidad y

² Cf. DEL PRETE, Vito, “En las fuentes de la actividad misionera: Deus caritas est”, *Omnis Terra*, n° 359, abril, 2006.

también a la problemática que hoy envuelve a la misión, tema que me interesa plantear.

Podemos decir que nunca tanto como en nuestros días, la idea de la misión se ha encontrado sometida a procesos de demolición, reconstrucción y transformación. Es lógico, dado que la realidad de la misión, y, de modo especial, la misión fuera de las fronteras, se encuentra necesariamente relacionada con la comprensión que la Iglesia tiene de sí misma y de su relación con el mundo. La misión ad gentes ha sufrido directamente la influencia del atormentado sufrimiento de nuestro tiempo.

La problemática misionera se ha gestado en el marco y horizonte de un siglo que se ha apoyado en la idea iluminista, en base a la cual la humanidad, en sí misma, es buena, capaz de desarrollarse ilimitadamente. Siguiendo esta lógica lo importante es seguir la razón y hacer que los conocimientos avancen, sin la necesidad de una intervención sobrenatural. Estamos ante la gnosis de nuestro tiempo: se acepta el cristianismo en la medida que responde a las normas contenidas dentro de los límites de la razón, de la armonía y de la estética, y en la medida en que sea capaz de dar una mano a la evolución de la humanidad. Cristo mismo será válido si se le interpreta como la imagen del hombre perfecto, un modelo, un ejemplo moral, al que algún día llegará la humanidad. La ciencia, la tecnología, el desarrollo, constituyen las nuevas realidades que sustituirán a la religión, a cualquier religión.³

La crítica a la actividad misionera se expresa, ante todo, bajo dos aspectos. Por un lado, se ha definido la misión en términos tan totalmente amplios que se ha anulado el valor mismo del término. “Si todo es misión, nada es misión”. Se puede decir que ha predominado y aún predomina una especie de “panmisionismo”. Por otro lado, se ha hablado de un ocaso de la misión por diferentes motivos:

- La Iglesia es objeto de crítica por su manera de actuar, no siempre considerada evangélica.
- La Iglesia se ha identificado a sí misma y a su misión con el mundo y sus problemas y esto ha llevado a una frustración profunda por su incapacidad de realizar la agenda del mundo.
- El despertar de las grandes religiones del mundo con su dinamismo y agresividad misionera. El mismo espíritu de diálogo con los miembros de otra fe, hace que muchos misioneros se pregunten si vale la pena ir hacia los confines de la tierra por amor del evangelio cristiano.

Hay otro hecho fundamental que no podemos soslayar y es que la fe cristiana y, por consiguiente, la misión, se encuentran hoy ante un mundo totalmente diferente de aquel que se habían encontrado en el pasado. Vivimos en una época de transición y los dos mayores problemas no resueltos de la

³ Cf. DEL PRETE, Vito, art. cit.

Iglesia y de la misión cristiana, son los que se relacionan con las visiones del mundo que ofrecen una salvación mundana y la relación con los otros credos.

El Magisterio de la Iglesia ha ofrecido orientaciones precisas a partir de la *Gaudium et Spes*, de la *Evangelii Nuntiandi* y de la *Redemptoris Missio* para iluminar la problemática en torno a la transformación del mundo y de la humanidad, la crisis de la misión, la centralidad y la unicidad de Cristo, la misión de la Iglesia.

Por su parte, la encíclica *Deus caritas est* reconduce todas las enseñanzas sobre la misión de la Iglesia a un dato esencial y que es, al mismo tiempo, específico de la revelación cristiana: **el cristianismo es la religión de Dios que es amor**. Pero además, constituye un nuevo punto de salida al sintetizar y englobar cada aspecto de la misión en la afirmación esencial de que Dios es amor y que la comunidad cristiana está llamada a ser comunidad de amor y su misión es esencialmente un servicio de amor. “Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres” (DCE 19).

3.- LA MISIÓN COMO UN SERVICIO AL AMOR.

Ya hemos dicho que la encíclica pretende reconducirnos a la unidad y al centro de nuestra fe y de la misión: **Dios es amor. La fuente de la misión es Dios Amor**. “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). Por esto, la experiencia del amor de Dios, comporta “llevar la luz de Dios al mundo” (DCE 39).

Los principales textos bíblicos, en que se inspira Benedicto XVI, son los de la primera carta de san Juan, especialmente el texto central: “Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,8-10).

Se trata de una experiencia de fe vivida: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor” (1 Jn 4,16). De esta experiencia se pasa a la misión como anuncio y testimonio: “Nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo” (1 Jn 4,14).

Efectivamente, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida. Y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). Este acontecimiento es la Persona de Jesucristo, que con su vida, muerte y

resurrección nos dice cuál es la esencia del amor y de la existencia en general. Él es el amor auténtico, perfecto. Toda actividad apostólica debe hacer referencia a este modelo, para llegar a ser, a su vez, fuente de amor.

La Iglesia es misionera por su misma naturaleza, es decir que existe para evangelizar. Su vocación es la misión, que tiene su origen o fuente en el amor fontal de Dios. “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. Pero este designio dimana del *amor fontal* o de la *caridad* de Dios Padre” (AG 2). La Iglesia es misionera por ser Iglesia de la Trinidad y todo servicio en la Iglesia tiene esta connotación trinitaria y misionera.

Se puede decir que amor y misión forman un binomio inseparable. De hecho, se relacionan los textos joánicos de la misión, que Jesús realiza y que trasmite a los suyos, con sus afirmaciones sobre el amor. Jesús invita a entrar en su amor y en el amor del Padre, para comprender y vivir su misma misión. “Como el Padre me ha amado a mí, yo os he amado. Permaneced en mi amor” (Jn 15,9). “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17,18). “Tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí” (Jn 17,23). “Como el Padre me ha enviado así os envío yo” (Jn 20,21).

La encíclica *Deus caritas est* se sitúa en la dimensión misionera que deriva del amor de Dios. “El Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia” (DCE 19). “Después de su resurrección, Jesús encomendó a los Apóstoles el mandato de difundir el anuncio de este amor; y los Apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por la fuerza del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia prosigue esa misma misión, que constituye para todos los creyentes un compromiso irrenunciable y permanente”⁴

Recibir el Espíritu Santo, que es Espíritu de amor, trae como consecuencia la misión de comunicar a los demás esta “agua viva” o “torrentes de agua viva” que brotan del costado de Cristo muerto en la cruz (cf DCE 7,12,42). De la misma manera comunicamos a los demás el mismo amor recibido de Dios. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5).

El gesto de Jesús en la cruz, de dar la vida por amor “entregó su espíritu” (Jn 19,30);cf 10,15-18;15,13), es como el “preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección” (cf Jn 20,22) (DCE 19). Es su entrega oblativa por amor (como expresión de Dios Amor) la que fundamenta la misión (cf Jn 20,21).

La actividad misionera debe volver continuamente a su motivación fundamental, a su fuente. No puede seguir dándose una especie de

⁴ BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada Misionera Mundial 2006.

esquizofrenia entre anuncio explícito, promoción humana, diálogo y atención pastoral, confesión de fe y testimonio de vida evangélica. La Iglesia no es, ni puede ser entendida o dar una imagen de sí misma como una organización social más para el desarrollo y la defensa de los derechos humanos. Su tarea es una misión que brota de la unión y del encuentro con el Resucitado.

La encíclica llega incluso a hacer una síntesis de las múltiples actividades misioneras, asumiendo al Dios-Amor como fuente de la misión de la Iglesia. “La naturaleza íntima de la iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (DCE 25).

En el Mensaje para la Jornada Misionera Mundial de este año, Benedicto XVI nos recuerda que “la misión, si no está orientada por la caridad, es decir, si no brota de un profundo acto de amor divino, corre el riesgo de reducirse a mera actividad filantrópica y social. En efecto, el amor que Dios tiene por cada persona constituye el centro de la experiencia y del anuncio del Evangelio, y los que lo acogen se convierten a su vez en testigos. El amor de Dios que da vida al mundo es el amor que nos ha sido dado en Jesús, Palabra de salvación, imagen perfecta de la misericordia del Padre celestial”.

3.1.- La dinámica misionera de la caridad.

Entrar en la lógica del amor incluye aceptar la lógica de la misión. Es decir que de la experiencia del amor de Dios en Cristo debemos pasar al anuncio de este amor a los hermanos.

En el Mensaje para la Cuaresma de este año, nos decía Benedicto XVI: “Quien actúa según esta lógica evangélica vive la fe como amistad con el Dios encarnado y, como Él, se preocupa por las necesidades materiales y espirituales del prójimo”.

A partir de la experiencia de encuentro con Cristo, podemos hacernos interlocutores coherentes con toda la humanidad, también en el diálogo intercultural e interreligioso. Para los primeros cristianos, nos recuerda la *Fides et Ratio* “la primera y más urgente tarea era el anuncio de Cristo resucitado mediante un encuentro personal capaz de llevar al interlocutor a la conversión del corazón y a la petición del Bautismo” (FR 38).

Es la lógica de Juan, el discípulo amado, quien anuncia el mensaje evangélico sobre el “Verbo de la vida”, a partir de una experiencia de encuentro personal con él: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos...os lo anunciamos también a vosotros” (1 Jn 1,1.3).

Cuando la fe es encuentro con Cristo, entonces la vida se encuadra en su verdadero horizonte de donación, a imitación de Cristo: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida” (DCE 1).

La misión cristiana, como anuncio de Dios Amor en Cristo, se abre a un horizonte universalista, sin fronteras. No son sólo las fronteras de la geografía y de la cultura, sino las mismas fronteras de la fe: “La parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor” (DCE 25).

Son múltiples y variadas las formas de actividad caritativa en la Iglesia, unas son nuevas y otras son antiguas, pero han resurgido con renovado impulso y además son “formas en las que frecuentemente se logra establecer un acertado nexo entre evangelización y obras de caridad” (DCE 30). La caridad cristiana no es una variante de unas obras de solidaridad y ayuda, sino la consecuencia de haber experimentado la caridad de Dios Amor, manifestado por Cristo.

Quien ha sido tocado por este amor de Dios, percibe que el proyecto del mismo Dios todavía no se ha cumplido perfectamente. Por esto, cuando uno ha experimentado el amor, se entrega al cumplimiento de los proyectos de Dios Amor sobre la humanidad. Esta fue la motivación que dio el Concilio Vaticano II: “La Iglesia, enviada por Cristo para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos, sabe que le queda por hacer todavía una obra misionera ingente” (AG 10).

Es la misma urgencia que sentía el apóstol Pablo: “El amor de Cristo me apremia” (2 Cor 5,14). Es la urgencia que emana de contemplar el misterio pascual de Cristo, quien “murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5,15).

La Iglesia, movida por este amor, se dedica a las obras de caridad, manifestando en ellas el modo peculiar de amar que deriva del Señor, es decir, dándose a sí mismo. “En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial” (DCE 31).

Podemos afirmar que “toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano” (DCE 19). Pero este amor de oblación o de darse a sí mismo, se aprende en la celebración eucarística: “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús” (DCE 13). A este respecto decía Juan Pablo II en su carta apostólica *Mane nobiscum Domine*: “El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio....Entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado del rito” (MND 24).

3.2.- La tensión entre anuncio y promoción humana.

La proclamación del Evangelio no circunscribe la misión solamente al campo religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre. Pero sigue siendo fundamental el primado de su vocación espiritual, que no le permite sustituir el anuncio del Reino con la sola proclamación de la liberación humana. Sin el anuncio de la salvación en Jesucristo, su contribución es incompleta.

Al analizar el trabajo de evangelización, nos encontramos con la tensión entre anuncio de Cristo y promoción humana, entre Reino de Dios y Reino del hombre, tensiones que no se resuelven siempre en una equilibrada síntesis cristiana.

En el campo de la misión es muy común encontrarse a las Iglesias locales y a las fuerzas misioneras ocupadas y preocupadas principalmente en actividades de promoción humana, en todos sus aspectos. “Con todo derecho, se hacen cargo de todas las tragedias humanas, desde las personales y sociales a las cósmicas mundiales. Se encuentran en la primera línea allí donde la humanidad es oprimida por la pobreza, la enfermedad, la ignorancia. Alzan su voz allí donde se niegan los derechos fundamentales del hombre, humillado y perseguido por dictaduras feroces. Con su acción de concientización, y con gestos proféticos, son la conciencia crítica de los poderes, que determinan, en la era de la globalización, situaciones de injusticia sistemática”.⁵

Podemos decir que todo este trabajo es justo y necesario, dado que nuestra tarea consiste en sembrar la semilla de los valores evangélicos en las mismas entrañas de la humanidad, con la cual los misioneros compartimos angustias y esperanzas, alegrías y dolores, porque somos parte de esa humanidad. Es más, sin esta misión de promoción humana, el mismo anuncio del Evangelio del Reino puede resultar incomprensible y poco eficaz. Las obras de caridad son signos demostrativos de la venida de Dios en medio de los hombres. “Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Mt 11,4-5).

Lo que está en cuestión no es el empeño apasionado en la promoción humana, sino su motivación profunda. Es necesario que esta promoción se realice en consonancia con el “perfil específico del servicio” (DCE 30) que Cristo pide a sus discípulos.

La caridad de la que nos habla Benedicto XVI es mucho más que una simple actividad: “Podría repartir en limosna todo lo que tengo y aún dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve” (cf 1 Cor 13,3). La caridad es la fuente que justifica y hace evangelizador nuestro actuar. “Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la palabra y los Sacramentos,

⁵ DEL PRETE, Vito, art.cit.

empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana” (DCE 19).

Todo esto es posible gracias a la acción del Espíritu Santo, “la fuerza que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre” (DCE 19). Es este amor el que nos debe conducir a la completa dedicación personal al otro, a quien no se ofrece solamente una ayuda material, sino “la mirada de amor que él necesita” (DCE 18).

Conviene tener en cuenta que no somos los únicos agentes de la promoción humana en el mundo y que es necesario colaborar con las otras organizaciones. Ciertamente que el mensaje cristiano ha influenciado y modelado la cultura humana contribuyendo a que surgieran y maduraran valores éticos universales. Hoy emerge una conciencia más sensible al respeto de la dignidad humana y de la justicia, a la vez que se impulsa, cada vez más, a participar más activamente en la construcción de nuevos valores, y es muy agudo el sentido de la solidaridad. Por lo tanto se hace necesaria la colaboración sincera con otras organizaciones pero “respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos” (DCE 34).

3.3.- La oración como fuente del apostolado y de la misionaridad.

Oración, contemplación, imitación de Cristo, son la condición sine qua non de toda actividad apostólica, las únicas que permiten al apóstol “beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf Jn 19,34)” (DCE 7).

Estas no son sólo una opción entre otras muchas, sino el alma de todo apostolado. El magisterio de la Iglesia ha recordado con insistencia a los misioneros la necesidad de la santidad (cf RM 90). El misionero, nos dirá la *Redemptoris Missio* es el hombre de la caridad, se inspira en la misma caridad de Cristo, hecha de atención, ternura, compasión, acogida, disponibilidad, interés por los problemas de la gente por los cuales gasta la propia vida (cf 89).

Una de las expresiones que más se repiten en la encíclica *Deus caritas est* es la de “encuentro” que va acompañado de varios matices en relación con la misión como ejercicio de la caridad fraterna. “Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro con Dios” (DCE 18). “La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta con el encuentro con Cristo” (DCE 34). “El contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto” (DCE 36).

En toda la encíclica se percibe la dinámica de pasar del encuentro con Dios Amor, manifestado en Cristo, a la misión de invitar a todos a participar en este don. Esta relación entre el encuentro vivencial con Dios y la disponibilidad misionera, ayuda a superar dicotomías, conceptos equivocados o restrictivos con respecto a la misión.

La dinámica que va del encuentro vivencial con Cristo a la disponibilidad misionera, se aprende en la oración, como prioridad pastoral. La *Deus caritas est* hace referencia a la beata María Teresa de Calcuta, cuya vida se nutrió siempre de oración contemplativa y de adoración eucarística. “La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello” (DCE 36).

Benedicto XVI hace una apología verdadera y propia de la oración como fuente del apostolado. De alguna manera, podríamos decir que el amor que Dios da y que se vuelca en nuestros corazones en los momentos de contemplación se convierte en motor del amor apostólico. Con frecuencia el Papa hace referencia al texto de Juan 15,5 “separados de mí no podéis hacer nada” y escribe: “Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo” (DCE 37).

El misionero está llamado a ser activo en la contemplación y contemplativo en la acción. Sólo una educación en la oración contemplativa y una coherente vida de oración íntima y profunda, permite hacer de los cristianos personas totalmente abiertas, como corresponde a la lógica de la gracia de la consagración apostólica y misionera, a Dios y a los hermanos. La oración es capaz de mantener viva la conciencia de “relacionalidad” en el amor de Cristo, del cual viene, y con los hermanos y hermanas, a los cuales somos enviados. Y es manantial de profetismo y de creatividad.⁶

El apóstol, en la oración con Dios, no abandona a los hermanos. En la acción con los hermanos, no deja a Dios si se encuentra todo impregnado de la caridad. Oración apostólica no es sólo aquella que deja a la persona fecundada por el Espíritu Santo, sino también la que explícitamente, como Pablo, recuerda a Dios, en la oración, a las personas, las actividades, los compromisos, las necesidades de los hermanos y de las hermanas.

El misionero necesita el silencio del encuentro con Dios y consigo mismo en lo íntimo del santuario de su conciencia pero también necesita de una visión interior, con mirada contemplativa del rostro de las personas, de sus necesidades, de sus sufrimientos. Se ha dicho que la cima de la contemplación es mirar a los otros con los ojos de Dios, después de haber sido iluminados por su mirada.

La persona contemplativa pone delante de su Señor en la oración todo cuanto hace y cree realizar en su apostolado. De sus trabajos hace una oferta y una petición; pide, en una constante “epiclesis” que el Espíritu Santo fecunde su actividad y su abnegación. Pero no deja de interrogarse y de interrogar a

⁶ Cf CASTELLANO CERVERA, Jesús, “La oración apostólica a la luz de la encíclica *Deus caritas est*”, *Omnis Terra*, 358, marzo, 2006.

Dios en su oración sobre las cosas que tiene que hacer, sobre la posible mejora de su programación, sobre las cosas esenciales a las que debe tender su acción misionera. Dejándose fecundar por el espíritu deja espacio a la profecía, a la creatividad; se deja guiar, juzgar y discernir en la oración, abriendo el corazón a las posibles inspiraciones que guían de manera auténtica su apostolado misionero. Con estas premisas, la oración contemplativa se carga de densidad y de realismo. Citando al Papa Gregorio Magno, nos dice Benedicto XVI: “El pastor bueno debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas” (DCE 7).

Sólo cuando el misionero reconoce que su misión no consiste en tomar el lugar de la misión de Dios sino en participar de ella, comienza a comprender que su primer desafío es esencialmente el de la contemplación. La misión es un encuentro con un misterio: el misterio de un Dios misionero cuyo amor abraza al mundo y a todos sus habitantes; misterio del poder de Espíritu presente en lugares inesperados, de maneras imprevistas; misterio de la participación del pueblo en el misterio pascual a través de maneras que no hemos conocido ni imaginado. Para encontrar este misterio necesitamos mirar, contemplar, discernir, escuchar, aprender, responder, colaborar.⁷

Nuestra primera tarea como misioneros consistirá en buscar y discernir dónde y cómo el Espíritu de Dios está presente y activo entre aquellos a quienes hemos sido enviados. Se trata, por tanto y esencialmente, de un ejercicio contemplativo. Sólo un espíritu contemplativo nos permitirá no imponer nuestro programa en el diálogo que ya existe entre Dios y el pueblo, sino más bien entrar en este diálogo con el corazón y el Espíritu de Cristo, a fin de descubrir el designio de Dios. Sólo en la oración podemos aprender a respetar la libertad de Dios, presente y activo en su pueblo antes de nuestra llegada, y a respetar la libertad de la gente que responde a Dios a su manera.

El movimiento misionero moderno está marcado por el trágico divorcio entre contemplación y misión. Se ha dicho, tal vez sea una broma, que los misioneros hemos pedido a los contemplativos que cumplieran con la oración por nosotros, mientras nosotros nos dedicábamos, en cuerpo y en alma, a predicar el Evangelio, construir la Iglesia, trabajar en la promoción humana. Quizás hemos olvidado que la oración es una dimensión intrínseca, no extrínseca, a la misión. Sólo en una contemplación orante, los misioneros podemos concordar con el plan misionero de Dios. Fuera de la oración, los misioneros corremos el riesgo de volvernos propagadores de un Evangelio que no es el de Cristo y “bautizadores” de un Reino que no tiene nada que ver con el Reino de Dios. El designio misionero de Dios no puede obtenerse sino a partir de una escucha profunda del espíritu que sondea la profundidad y conoce las vías de Dios. Es urgente que los misioneros revisemos la unidad que debe darse entre contemplación y acción apostólica, unidad que marcó el movimiento misionero monástico de la Edad Media.

⁷ Cf MAC CABE, Michael, “Misioneros del mañana”, revista *Spíritus*, edición hispanoamericana, n° 176, 2004

La relación entre contemplación (como encuentro con Dios Amor en Cristo) y la misión (como anuncio del misterio de Cristo), es uno de los temas que han quedado más acentuados en *Evangelii Nuntiandi* y en *Redemptoris Missio*. La sociedad intercultural e interreligiosa en que vivimos pide e, incluso, “exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible” (EN 76). Por esto, puede afirmarse que “el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: “Lo que contemplamos...acerca de la Palabra de vida...os lo anunciamos” (1 Jn 1,1-3)” (RM 91).

3.4.- Las relaciones entre la justicia y la caridad.

La caridad ha sido cuestionada como una realidad amenazada de manipulación cuando se presenta y realiza como sustitutiva de la justicia. No voy a entrar de lleno en este tema, pero sí voy a plantear algunas dudas al respecto que planean en el ámbito de la misión.

Con frecuencia nos encontramos con misioneros atormentados ante el siguiente dilema: ¿hacer obras de caridad para los pobres o trabajar por cambiar las estructuras que los originan?. ¿No sería mejor trabajar por cambiar el orden mundial y combatir el mal en su raíz?. La ayuda a los pobres, a los países del Tercer Mundo y la pobreza de medios que exige el Evangelio (discurso de Mateo sobre el envío de los discípulos) han constituido siempre un dilema para el trabajo apostólico. Cada vez son más numerosos los misioneros que se sienten incómodos cuando se encuentran entre las manos recursos económicos que –dicen- hacen muy difícil que las relaciones con las personas sean auténticas. Como también es fácil encontrarse con misioneros, incluso recién llegados, cuyo trabajo apostólico se apoya en fuertes recursos financieros para sostener a unas Iglesias carentes de medios.

El debate lleva largo tiempo planteado pero no sólo en el ámbito eclesial sino también en el ámbito de la sociedad civil. Hay quienes creen, incluso entre las fuerzas eclesiales, que la tarea primaria, si no exclusiva es trabajar por cambiar el orden mundial y combatir el mal en su raíz. Claro que, a nivel eclesial, tampoco se encuentran misioneros que se resistan a responder al aquí y ahora, pero siempre sin dejar de pensar que no deben concentrar sus esfuerzos exclusivamente en esas tareas y que también se hace necesario trabajar por un cambio de estructuras.

Benedicto XVI intenta afrontar de manera clara este dilema o problema. Coherente con todo el planteamiento de su reflexión, el Papa ratifica la doctrina social de la Iglesia, según la cual “ la justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política” (DCE 28). Tarea de la Iglesia es la de “servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia” (DCE 28).

Por lo tanto, la relación intrínseca entre “el compromiso necesario por la justicia” y “el servicio de la caridad” (cf. DCE 28), exige tener en cuenta dos

hechos. Uno, la justicia tiene que regir la vida social y el Estado, pero su concreción en estructuras sociales y estatales es competencia de la política. La Iglesia, expresión social de la fe, y el Estado, encarnación institucional de la política, “son dos esferas distintas”; eso sí, “siempre en relación recíproca” (cf DCE 28).

La Iglesia no se propone como sujeto político. “La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política” (DCE 28). Corresponde a la Iglesia iluminar la inteligencia y la voluntad para que se abran a las exigencias del bien. Tarea no fácil, porque se trata de evangelizar la política, los modelos económicos y culturales.

No podemos olvidar que “la caridad tiene otro origen, tiene parámetros y ámbitos diferentes. La caridad responde siempre a las necesidades y a las insuficiencias inmediatas: se debe dar de comer a los pobres, vestir a los desnudos, curar a los enfermos. La caridad que brota directamente del encuentro con Cristo, suscita el amor y abre el ánimo del creyente al otro que se encuentra en la necesidad. Es una consecuencia inmediata de la fe, que se hace vida en la práctica del amor”.⁸

El corazón es la clave y el centro propulsor de la caridad, un corazón que palpita al unísono con los latidos del corazón de Cristo, que se conmueve ante la vista de las muchedumbres hambrientas y desorientadas cual ovejas sin pastor. Además la caridad no humilla y no subyuga a quien la recibe; no impide, de ningún modo, la construcción de una sociedad justa, no le ofrece solamente una asistencia material, sino que da lo fundamental a quien se encuentra en la necesidad y en la aflicción: “una entrañable atención personal” (DCE 28) y le ofrece “la mirada de amor que él necesita” (DCE 18).

“La caridad no se yuxtapone a la justicia, sino que la ayuda a respirar mejor y, al hacerlo así, le permite ser realmente lo que debe ser sin correr el riesgo de sustituirla. El plano de la justicia, dice el Papa, pertenece a la política, pero la política misma necesita la *purificación* de la caridad. Y a la misma política le conviene admitir subsidiariamente la existencia de *fuerzas vivas* en la sociedad –entre las que está la Iglesia– que puedan suscitar energías espirituales capaces de purificar la ética social, el compromiso por la justicia y la búsqueda política del bien común. En una relación de verdadera laicidad, esto es precisamente lo que la política pide a la iglesia, y la iglesia evita transformarse en una mera agencia ética, porque la caridad cristiana no se limita a la razón práctica”.⁹

4.- HACIA UNA IGLESIA QUE EVANGELIZA A PARTIR DE LA CARIDAD

Dado que la Iglesia es expresión concreta del amor de Dios, el servicio del amor al prójimo (diakonía) constituye una estructura que le es propia y fundamental en todos sus niveles: “desde la comunidad local a la Iglesia

⁸ DEL PRETE, Vito, art. cit.

⁹ CREPALDI, Mons. Giampaolo, Secretario del Consejo Pontificio Justicia y Paz, “La caridad purifica la justicia”, *L'Osservatore Romano*, 22, 2 de junio de 2006

particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad”, porque “también la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor (DCE 20).

El amor al prójimo constituye el signo distintivo, la nota característica que hace a la Iglesia inmediatamente perceptible como sacramento de comunión de los hombres con Dios y entre ellos, donde las relaciones personales y sociales no se fundan en la lógica del egoísmo, del interés y de la fuerza, sino en el amor. Así sucedía en las primeras comunidades cristianas, formadas por discípulos que, aunque diferentes por procedencia cultural y social, eran una familia de hermanos y de hermanas, en la que todo se había puesto en común, de modo que “no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario” (DCE 25).

Estamos ante una comunidad de hermanos que se ayudan mutuamente, que se entregan los unos a los otros y que manifiestan su íntima relación fraterna con el Hijo de Dios, “el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29) con una vida común. Una vida común que no sólo se realiza en el anuncio del Evangelio y en la participación en la vida sacramental sino que abraza toda la vida, con relaciones personales, el aprecio por los otros y la actividad común. La comunidad de los hermanos es la nueva manera de vivir: “Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas” (Hch 2, 44-46).

La comunidad de los hermanos proclama el Reino de Dios mediante el nuevo estilo de vida, que es una propuesta alternativa a la del mundo. La comunidad de los creyentes exige necesariamente y requiere el amor mutuo en todas sus expresiones. El ejercicio de la caridad, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra son ámbitos esenciales de la vida de la Iglesia. (cf DCE 21).

Por otra parte, la caridad-ágape supera los confines de la Iglesia. “Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto” (DCE 15). El mandamiento del amor supera los confines locales y geográficos para llegar a todos.

Ningún fiel, ninguna comunidad puede decir que no sabe, que no conoce las necesidades de los otros hermanos. El mundo es una aldea global, donde todos nos hemos convertido en vecinos y donde nos sentimos parte de la misma humanidad, con quienes se comparte alegrías y dolores, esperanzas y angustias.

El criterio de medida de la caridad es el buen Samaritano, aquel que he encontrado por casualidad y que no puedo dejar moribundo al borde del camino. El único criterio es mi hermano que se encuentra en necesidad y que espera que alguien le libere del mal. “Ser misionero, nos recuerda Benedicto XVI en el mensaje para el DOMUND-2006, es atender, como el buen Samaritano, las necesidades de todos, especialmente de los más pobres y necesitados, porque quien ama con el corazón de Cristo no busca su propio

interés, sino únicamente la gloria del Padre y el bien del prójimo. Aquí reside el secreto de la fecundidad apostólica de la acción misionera, que supera las fronteras y las culturas, llega a los pueblos y se difunde hasta los extremos confines del mundo”.

El amor al prójimo, que se extiende a todos los seres humanos, no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere un compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad. (cf DCE 15). Es, a partir, de esta interpretación que debe señalar allí donde es más necesario y urgente llevar la buena noticia a los pobres. Cada comunidad, cada iglesia local debe discernir, con sentido de fe, dónde es más urgente emplear el servicio de la caridad de sus miembros.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la Iglesia se ha difundido gracias precisamente al amor mutuo y al servicio de la caridad y que hoy nacen y se desarrollan nuevas comunidades de discípulos gracias precisamente a este amor y a esta caridad. Y será siempre la caridad la que dará nueva vitalidad y fuerza propulsora y misionera a nuestras Iglesias.

5.- EL CAMINO DE LA IGLESIA MISIONERA EN EL SERVICIO DE LA CARIDAD.

El camino paradigmático para el servicio de la caridad es el de Cristo. La Iglesia, en su misión de evangelizar a los pobres no puede más que seguir el camino de Cristo. Cualquier otro camino sería solamente un sucedáneo del verdadero que, aunque produjera frutos inmediatos, éstos serían aparentes, no duraderos y no idóneos para instaurar el Reino de amor y de paz en la humanidad.

En el campo de la actividad misionera es conveniente preguntarse si el trabajo que se lleva a cabo forma parte de la misión de Dios o si, por el contrario, estamos haciendo nuestra propia misión. La Iglesia tiene también que preguntarse si los caminos que emprende son los caminos de Cristo o son sus propios caminos. La existencia y la actividad de la Iglesia brotan inmediatamente de Cristo, un Cristo que hay que conocer, amar, imitar para reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia, para hacer resplandecer su rostro también a las generaciones del nuevo milenio. La Iglesia no puede olvidar que es cuerpo de Cristo y que su vida y actividad adquieren razón de ser solamente en Él. (cf NMI 16).

Por su parte, la comunidad cristiana no puede y no debe aceptar instalarse en una situación esquizofrénica entre lo que anuncia y lo que vive. El anuncio de Cristo al mundo configura y determina su modo de existir y de actuar: “Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro” (NMI 16).

5.1.- La kénosis como primer camino.

Cuando hablamos de la kénosis no lo hacemos en función de una estrategia apostólica más eficiente sino como el único camino de ser y, consiguientemente de actuar, de la Iglesia, que está llamada a servir a la humanidad con el estilo de Dios hombre. Esto es: asumiendo no sólo la semblanza, sino la realidad de sierva de Dios y sierva de la humanidad.

Sierva de Dios en cuanto que la única fuerza en la que confía es la Palabra de Dios, que es fuerza salvífica, es amor de donación en la debilidad. El modelo perfecto de la kénosis es el siervo sufriente de Yahvé, Cristo crucificado es la realización completa del amor de Dios.

Por esto, la Iglesia tiene el deber de tener constantemente los ojos fijos en la contemplación de Jesucristo. No es posible reconocer a Jesús en el rostro de la humanidad, si no se da este largo contemplar, por parte de la Iglesia, del rostro de su Señor. Es más, me atrevo a afirmar, que es imposible una auténtica misión de amor y de servicio sin este contemplar el rostro de Cristo. De ahí que la Iglesia necesita volver al centro de su vida, Cristo y su misterio de amor, para comprender la plena dimensión de sí misma y para encontrar el auténtico camino de la misión. Esta es su primera y fundamental metodología apostólica.

5.2. La opción por los pobres.

La Iglesia encontrará el rostro de su Señor sólo si parte de los últimos, de los excluidos, de los que no cuentan, de los que generalmente son denominados pobres. Cuando hablamos de esta opción evangélica y secular, no estamos hablando de una especie de programa social mostrado por Cristo. El camino de la Iglesia se encuentra completamente en otra dimensión.

Servir a los pobres implica necesariamente que la comunidad cristiana debe ser pobre, como Cristo fue el pobre de Dios, como María fue la pobre de Dios. Con razón se ha dicho que el Evangelio no dará ni un paso si la actividad apostólica se apoya sólo en la muleta del dinero.

Caminar en el “espíritu del Evangelio” exige, decían los obispos en Medellín, “vivir una verdadera pobreza bíblica que se exprese en manifestaciones auténticas y signos claros para nuestros pueblos”. La razón última es, como en el Concilio, cristológica: “sólo una pobreza así transparentará a Cristo, Salvador de los hombres” (Mensaje de Medellín).

Para un cristiano, el compromiso con los pobres no está motivado por razones de orden social sino por la fe en un Dios amor ante quien debemos reconocernos como hijas e hijos y por lo tanto como hermanos.

5.3. La apertura a la presencia y acción universal del Espíritu

Siempre será bueno preguntarse sobre nuestra actitud ante la presencia y acción del Espíritu Santo en los corazones, las culturas, las otras religiones, la misma sociedad. Una mirada positiva y acogedora, sin que por ello haya que

cerrar los ojos al mal y dejar de combatirlo, es indispensable para una misión nacida del amor fontal del Padre.

Nos vamos a encontrar con tentaciones que siempre nos acechan como puede ser el atrincheramiento y la nostalgia de reconquista, la inhibición o rendición al ambiente, la estrechez de horizontes y el peligro de auto excluirnos refugiándonos en nuestro pequeño mundo, la misión ve en todos hijos e hijas de Dios, se libra de toda ansiedad y agresividad y busca el encuentro, el diálogo, la colaboración sincera, rastrea las huellas del Espíritu de Dios en el mundo.

5.4. La capacidad para ser más dialogante, más participativa, más servicial y compañera de camino

Si de verdad creemos, en la Iglesia, que el Espíritu habla y obra también en los otros, nos pondremos en actitud de dialogar, escuchar y aprender.

El lenguaje del diálogo huye de imponer, pero no de testimoniar, compartir, contagiar la experiencia vivida del encuentro transformador con Cristo. A la vez que escuchamos de dónde saca el otro la fuerza y el sentido para su vida, nosotros estamos siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza.

Este estilo dialogante es el que promueve el entendimiento mutuo, la armonía, la colaboración y se convierte en un camino obligado para afrontar los fundamentalismos y los conflictos religiosos de hoy. Es cierto que el pluralismo cultural y religiosos que vivimos, con tantos hermanos nuestros de distintos universos religiosos, nos crea tensiones pero también grandes oportunidades. Por eso nos preguntamos cómo convertir ese pluralismo en fuente de riqueza y creatividad y no de conflicto. Posiblemente que no haya otro camino que el respeto, el diálogo y la colaboración.

El diálogo de la vida debe ser para todas las comunidades cristianas una oportunidad normal y fecunda de anunciar a Cristo, compartiendo la experiencia del encuentro personal con Él. Para un diálogo así el cristiano ha de tener conciencia clara de su identidad y necesita de formación.

5.5. Apasionada por su Señor y su Reino.

Cristo es el gran don que Dios nos ha dado para que lo compartamos. Su rostro no deja de atraer y cautivar a innumerables pueblos que llegan a conocerle.

Hoy cuando ante la Iglesia y ante nuestra teología y moral caben mil reacciones, sin embargo ante Cristo y su evangelio del Reino de Dios cunde el respeto, la admiración y el seguimiento cuando se ha experimentado el encuentro y se ha dado un conocimiento comprometedor.

Cristo es el mayor regalo que podemos ofrecer los cristianos a los demás y es el que puede satisfacer la sed profunda que siente de mil maneras el corazón humano.

Necesariamente la Iglesia debe no sólo aparecer sino vivir apasionada por su Señor y su Reino. Y ¿cómo se hace esto posible? Solamente quienes lo han experimentado, quienes se han dejado encontrar por Él, pueden comunicarlo de verdad. Una misión que no trasluzca una vivencia de fe y de amor no es creíble, a pesar de los muchos medios y recursos que emplee para su realización.

5.6. En una dinámica de comunión y encuentro.

Sólo siguiendo este camino, la comunidad puede llegar a ser ámbito de encuentro y escuela y casa de comunión. Publicanos, pecadores, pobres, excluidos necesitan de una comunidad que los acoja por lo que son. Necesitan caminar con la comunidad para readquirir su plena dignidad humana y sentirse amados como hijos e hijas de Dios, según el plan que tiene sobre la humanidad.

“La ley de esta comunidad es el amor, que gobierna las relaciones interpersonales y sociales, posible sólo con la práctica de la reconciliación. La comunidad cristiana vive en comunión para ser signo efectivo de comunión con todos aquellos que todavía no forman parte de ella. Se presenta como signo que muestra el amor universal de Dios, poniéndose a su servicio, luchando con ellos contra todos los males que les afligen, aliviando sus sufrimientos, ofreciéndoles los signos de la liberación mesiánica”.¹⁰

5.7. Para una praxis misionera.

Las comunidades cristianas deben parecerse cada vez más a las comunidades-Iglesias del Nuevo Testamento, como las de Corinto, Éfeso, Tesalónica, formadas, como dice Pablo, por los elegidos de Dios, escogidos de entre los pueblos de la gran ciudad, donde el Señor se ha reservado un cierto número.

Son pequeñas minorías, sin medios, muchas veces mal miradas, despreciadas y perseguidas por el poder estatal, obligadas a esconderse en las catacumbas. Viven testimoniando su fe en medio de un pueblo que ha rechazado el Evangelio de Cristo o que sigue la lógica férrea del poder y de la religión del César. Sin embargo, son comunidades portadoras de un mensaje salvífico nuevo, que impregna y transforma mentalidades, valores y el mismo orden socio-político de la sociedad. Los discípulos de Cristo viven y cantan el canto nuevo de la liberación. No se contaminan con la idolatría, son la primicia para Dios. No hay mancha en ellos, ni mentira en su boca. (cf Ap 14,4-5)

Los cristianos, según la epístola a Diogneto, son el alma del mundo. Su vida es la de todos los hombres, normal, pero con contenidos e intencionalidad

¹⁰ DEL PRETE, Vito, art. cit.

diferentes. “Residen en su propios países, pero sólo como transeúntes (....) Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña (....) Aman a todos los hombres, y son perseguidos por todos (....). Piden limosna, y, con todo hacen ricos a muchos (....). Al hacer lo bueno son castigados como malhechores; siendo castigados se regocijan, como si con ello se les reavivara” (Epístola a Diogneto, cap. V).

Podemos decir que es una comunidad (*koinonía*) cuya expresión y culmen es la fracción del pan (*leiturgia*) para el servicio (*diakonía*) y la proclamación del Evangelio de Cristo (*parresía*) especialmente con el testimonio de vida hasta la persecución y el martirio (*martyria*) (cf Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16). Aún hoy, encontramos este modelo de comunidades que se asemejan a las comunidades Iglesias apostólicas, aunque para ello tengamos que ir a buscarlas en las Iglesias de la periferia.

Irrelevantes por el número de creyentes, pobres, sin apenas peso social en las instancias civiles y estatales, limitadas y amordazadas, a veces, en la práctica de su fe y actividades pastorales, muchas veces despreciadas como traidoras a su propia cultura y a las religiones tradicionales, perseguidas hasta pagar con su sangre la coherencia y la fidelidad a Cristo, estas pequeñas Iglesias constituyen un signo de una nueva humanidad entre la multitud de la gente. Se reconocen en el vínculo de la fraternidad, se ponen al servicio de los más pobres y marginados, proclaman con las obras y la Palabra el Evangelio de liberación. Por amor a sus hermanos, afirman el derecho y la justicia sin temer la persecución, e incluso la muerte. No olvidemos que vivimos, aún hoy, un tiempo de mártires y de iglesias proféticas y martiriales.

Termino recordando que en el servicio misionero de la caridad, la familiaridad con el Dios personal, el encuentro con Él y el abandono a su voluntad, son insustituibles. (cf DCE 37). Como Job podremos quejarnos ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que encontramos en el campo de la actividad misionera, pero nunca dejaremos de creer en la “bondad de Dios y su amor al hombre” (Tit 34). Los cristianos, aunque inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecemos firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo tantas veces incomprensible para muchos de nosotros. (cf DCE 38).